

que los anteriores, sobresale por su objetividad, por su firme respaldo documental en cada una de sus páginas, por la investigación exhaustiva de las fuentes, y junto con esto, la excelente bibliografía que lo remata, auxilio en verdad inapreciable en este género de estudios.

II

CARLOS BOSCH GARCÍA,
de la Universidad de México

Hacer la reseña de un libro no supone resumir su contenido; más bien, razonar y discutir, aun meditar, sobre lo que el nuevo libro nos aporta.

El recién nacido, de pluma tan conocida, resulta robusto, pues se extiende a través de 1,000 páginas. Esta es la segunda parte en el trato de la política internacional mexicana, pues lo precede otro volumen de 845 páginas sumando así la verdadera aportación 1,845 páginas repletas de material de primera categoría. Era necesario contar con un esfuerzo como el presente, escrupuloso, bien seleccionado y montado con un criterio exhaustivo. Conocemos los métodos de trabajo que han intervenido en el tomo y la forma en que se ha tratado su material. Cosío, si no el único, es uno de los pocos historiadores mexicanos que han tenido la fortuna de contar con un grupo de colaboradores bien preparados, que facilitaron las tediosas tareas de localización, selección, copia y cotejo del material; además gozó de las múltiples facilidades que suponen las fotocopias y la reproducción de documentos procedentes de archivos y bibliotecas lejanas. Lástima que no pudiera contar con el material cuyo acceso le cerró Guatemala.

La magnitud del tomo nos excusa, como dijimos, de su parte descriptiva en este comentario. Nos planteó, sin embargo, muchas preocupaciones y algunas de ellas pueden ser de interés para quienes lean estas líneas.

Ante todo, tanto la calidad y el detalle, como la extensión, serán motivo para llamar la atención de nuestros historiadores sobre la importancia que tiene la historia internacional de la nación y de sus relaciones íntimas con la historia nacional y general. Cuando vivimos a pocas horas de viaje de cualquier punto del globo, y cuando ya no podemos hacernos a

un lado de los problemas de África o de Asia, de América o de Europa, era hora de que se completara, por lo menos en un gran tramo de tiempo, el relato de la historia internacional de nuestro país, y precisamente en una parte tan importante del siglo XIX. Este es uno de los méritos fundamentales que tiene este tomo y el anterior de la obra de Cosío.

La historia política, o la social, o cualquiera otra, en alguna forma ya se habían escrito sobre ese periodo; pero el escandaloso hueco existente, por falta de interés o por descuido, no se vino a llenar sino con este tomo. Esos cuarenta y cuatro años de que habla, apoyados en los treinta y nueve anteriores son los fundamentales para entender, sin mal interpretar, nuestra política internacional. En ellos se establecen los principios, que se reducen a cuatro o cinco conceptos de base, sobre los que se asienta la actual política externa de México. ¿Cuántas veces se desazona la gente ante los periódicos y las noticias diarias porque el país no toma decisiones en el mundo internacional? Es que esa política externa mexicana tiene un espinazo teórico muy firme, que se matiza durante el siglo pasado, mediante la triste experiencia histórica que fraguó sistemas, estableció conceptos e hizo cristalizar la nacionalidad.

La consciencia ascendente de la nacionalidad, junto con su línea paralela del aumento de experiencia en el curso del siglo XIX y con el análisis de su postura relativa a la palestra internacional, trae como producto que se insista en la cristalización gradual de esos conceptos básicos. Ésta es la gran importancia que encuentro en el nuevo volumen de Cosío y me pregunto si nuestros diplomáticos están verdaderamente conscientes de cómo y porqué la política exterior mexicana está unida a esa trayectoria del siglo pasado, que supone dos terceras partes de la experiencia histórica nacional de México.

El prólogo de Cosío nos lo hace pensar y es que, de hecho, lo hemos experimentado en carne propia: es muy difícil manejarse dando a la vez las pinceladas propias y apropiadas de los trasfondos generales, de las historias nacionales y de lo que es lo internacional, o sea el unto de contacto de las historias nacionales. Del conjunto, no cabe duda, surge la verdadera "Historia Nacional".

Cosío, era lógico y de esperarse, se da cuenta de ello en su "Sexta llamada particular". Se nos aparece rápido ágil, culto, sintético y fluido en su escribir y hasta cierto punto contrapuesto con el profuso, erudito y lento suceder de los capítulos que se van ciñendo a la documentación.

Si meditamos, no cabe duda, nuestra especialidad necesita todavía del examen detenido de la estructura firme de los hechos que, por fallas de nuestros conocimientos históricos, todavía no son bien conocidos. Surgen aún personalidades en el campo de la diplomacia que constituyen verdaderas novedades... Ello contribuye a que la Sexta Llamada sea un instrumento de positiva utilidad para manejarse en la complicación de los sucesos de los capítulos.

El sexto volumen de la *Historia Moderna de México* no es ciertamente un libro de lectura, sino un libro de consulta para especialistas, en el que se encontrará el punto de partida para un sin fin de estudios.

Podemos darnos por muy satisfechos con la aparición de este nuevo tomo y se hace necesario que el propio don Daniel emprenda la tarea, con su mente certera y su ligera pluma, del segundo paso inevitable: de análisis, definición y avalúo de trasfondos que ya ha empezado a esbozar.

Su esfuerzo nos ha dado un nuevo tomo que será básico en el estudio de uno de los más importantes aspectos de la historia nacional en el mundo en que vivimos.

Vayan, pues, nuestros más cordiales parabienes a Daniel Cosío Villegas.